

## ÉTICA SHAKESPEARIANA

---

### «LA TEMPESTAD»

«La Tempestad» es un sueño de belleza y de bien, que rectifica la impureza y la malicia humana. Dramatiza el mal bienhechor.

Próspero, duque de Milán, es derrocado y desterrado por su hermano Antonio. Se salva él y su hermosa hija Miranda de los peligros del mar a que habían sido expuestos, y arriban a una isla encantada que él gobierna por su saber y bondad. Ariel, el aéreo genio gentil, casi siempre invisible, se pone a sus órdenes, lo mismo que las divinidades y duendes de los arroyos, los sotos y oteros de la isla, «encarnaciones de mi fantasía», dice Próspero. Todos le obedecen, incluso Calibán, el espíritu demoníaco, hijo de una bruja, contrahecho, murmurador, deseador de desgracias. Allí el austero solitario se vengará de la vida.

Una tempestad en que se entrechocan todos los fuegos y todas las fuerzas irresistibles, hace naufragar en las costas de la isla a su hermano, el usurpador; a Alfonso, rey de Nápoles, ayudador de traidores; a sus hermanos respectivos, a sus cortesanos, al hijo del rey.

Ariel, más incontrastable y sonriente que un arcángel cristiano, condensó el huracán, y produjo el naufragio de los que regresaban de Túnez, donde presenciaron las brillantes nupcias de la hija de Alfonso; pero los salvó a todos. Fué sólo una inolvidable lección de susto. Los hace vivir algunos días en grupos separados, por diversas partes de la isla encantada, sin saber unos de otros. El rey daba por perdido a su hijo Fernando, el cual había ido a dar a la misma morada de Próspero. Se enamora de la bella Miranda; pasa días purísimos de idilio en una felicidad que jamás conoció en los días normales de la bulliciosa corte.

Próspero se vengará, perdonando a todos, aun a los traidores que el Dante puso en el círculo más tétrico y helado de su infierno. Resucitan todos a la vida y á la dicha, castigados dulcemente, y mejorados. Ningún castigo es más eficaz para los retardados morales que el convencimiento de que es falaz el resultado de la artimaña y la cortapisa. Quedan desarmados más que por el benigno perdón, por el reconocimiento de su impotencia. Soy de esas naturalezas — dice Mefistófeles,

casi entristecido, a Fausto — que pretendiendo siempre hacer el mal, no logro nunca sino hacer el bien. Sobre el egoísmo involutivo, está la fuerza trasformadora de la Humanidad que aprovecha de los malos y de los males, como esas máquinas trituradoras de basura convertida en abono. Casi no hay organismo inferior que resista a este desengaño, salvo quizá los instintivos del crimen.

*La Tempestad* es *La vida es sueño* de Shakespeare: los seres del Universo son de la estofa con que se fabrican los sueños. Y los sueños son realidades de la misma clase y solidez que las realidades de las vigilias. Unos sueños se han creado para corregir y rectificar a los otros.

Cuántas veces al querer el mal para el enemigo, se lo precipita en el bien. El mal concebido como tal por un temperamento, es la felicidad subjetiva de otro. He ahí el engaño de los que condenaron a Sócrates: Me condenáis a muerte, les dijo el Filósofo, y quién sabe si la muerte no es un bien! Mitre convirtió mil veces las zancadillas que le hicieron sus enemigos, en un nuevo gesto de gloria. Las memorias póstumas del marqués de Caxias fueron la última ocasión.

Quién sabe si la derrota, la inexistencia social, la prohibición del poder y de la riqueza, no sean un bien! La ilusión esconde la realidad; la realidad es la sombra de la ilusión. La realidad y la ilusión son aspectos de la misma cosa, tan existentes o tan inexistentes la una como la otra.

J. ALFREDO FERREIRA.